

Cristina Rodríguez Aguilar

EL PIRATA QUE PERDIÓ LA GRACIA DEL MAR

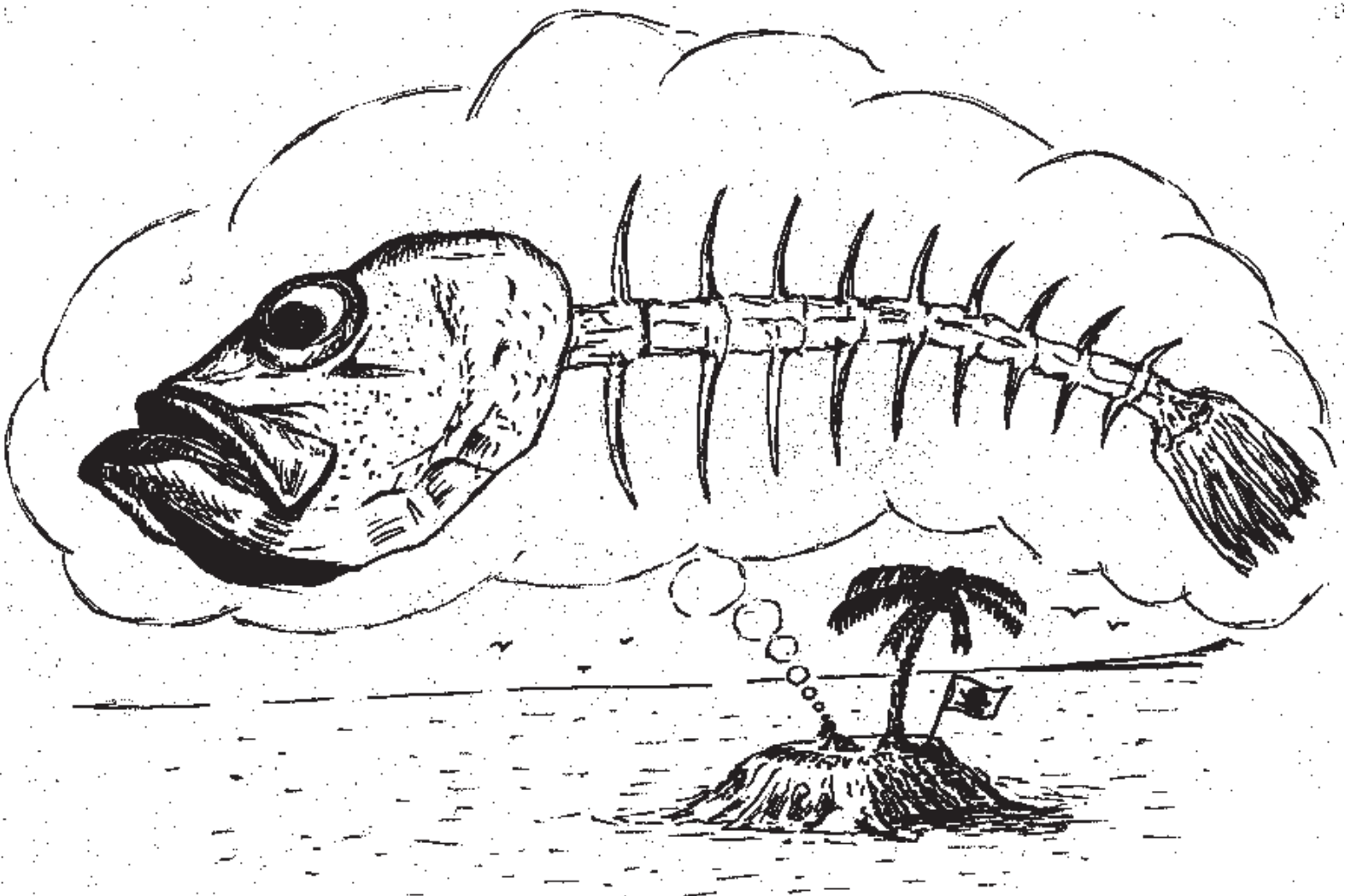
Podía haber sido una perla o un anillo o simplemente un pequeño pececillo plateado. Podía no haber tenido una semana de perros y no haber decidido levantar el ánimo cocinando. Al fin y al cabo la cocina nunca había sido mi fuerte. Pero de pronto, en el metro, mientras miraba sin mirar, los ojos de una mujer me dejaron inmobilizada en un recuerdo: aquellos ojos eran iguales a los ojos de aquellos besugos de mi infancia que entraban en el horno una única vez al año, el día de Navidad. Una Navidad sin besugo habría sido para otros como una Navidad sin Belén o sin pino lleno de luces. En nuestra casa era el besugo.

Así que ese viernes, al salir del trabajo, me fui a la pescadería a por uno. El único besugo que había era enorme, pero me daba igual. Para mí aquel viernes era Navidad, y si era necesario, también sería Navidad el sábado y el domingo. Subí a casa. Mi buzón seguía lleno de telarañas, como siempre. Regué el helecho y me di una ducha. Cuando entré en la cocina una ópera de Verdi subía por el hueco del patio a todo volumen. Puse el brillante besugo sobre la mesa. “Para que el pescado esté fresco tiene que tener la sangre del ojo muy roja” -oí la voz de mi madre desde algún recuerdo recóndito. Mi besugo tenía un par de buenos ojos frescos. Con una delicadeza que me sorprendió, abrí con un cuchillo la parte inferior del pez. Mi madre lo habría en dos y dentro lo regaba a veces con vino blanco antes de meterlo al horno. Lo abrí un poco con los dedos y de pronto sentí algo, como un breve latido, un leve pulso continuándose a través de mi dedo. Un escalofrío subió por mi espalda. No puedo describir qué emociones opuestas se colgaron de mi garganta. Allí estaba, como una bella durmiente lívida y azul, un pequeño pirata tan grande como mi dedo corazón. Imposible. Cerré y abrí los ojos un millón de veces, y el pirata no se desvaneció. Su pequeño cuerpecito apenas se movía. Lo toqué con la punta asustada de mi dedo. No se movió. Volví a insistir y entonces un parpadeo apenas imperceptible iluminó brevemente su carita. Lo tomé con cuidado. Estaba frío. Lo acosté en unos



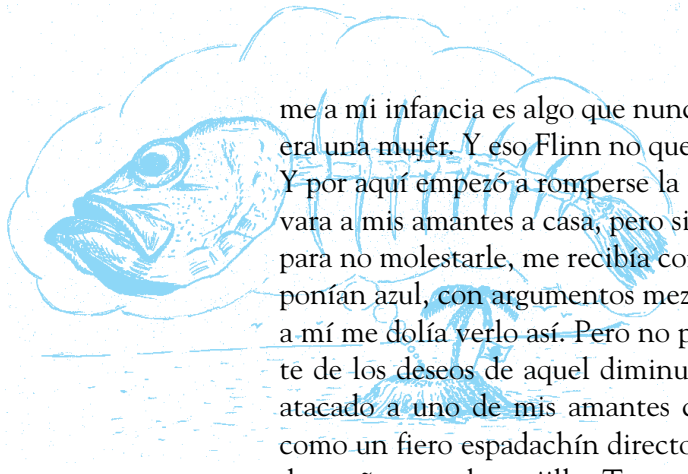
algodones sobre mi cama, justo donde daba un rayo de sol. “Esto no me está pasando a mí” -pensaba mientras cuidaba de aquel pequeño pirata desvalido, con su diminuto parche sobre el ojo izquierdo y su camiseta a rayas y su sombrero y su pendiente de aro en la oreja derecha. “Esto no me está pasando a mí” - y sin embargo esa semana algo me había hecho encender una vela en mi habitación y pedir que algo cambiara mi vida.

Lo llamé Flinn, como mi actor-pirata preferido, y él me llamaba Lou, incluso antes de que le hubiera dicho que me llamaba Estela. Aquella primera semana Flinn floreció con mis cuidados. Yo le partía la carne en breves trocitos y un grano de arroz era para él como un bollo de pan. Nunca bebía agua. Le gustaba el vino que yo le daba con un cuentagotas. Cuando bebía más de la cuenta, se ponía a cantar con su voz ronca, pero al final siempre acababa llorando desconsolado, maldiciendo al genio del mar que lo había convertido en menos que un enano por un delito que nunca me reveló. Le compré un barco de madera reproducción exacta de un velero inglés del XVII. Casi siempre que no esta-



ba conmigo, Flinn se subía a bordo y soñaba con su verdadera vida. Por la noche se acomodaba entre mi pelo y me contaba terribles historias de piratas que me iban introduciendo en el sueño. Aunque aparentemente mi vida no había cambiado, un anhelo parecido al de la felicidad me embargaba para regresar corriendo a casa cada día.

Yo no sólo era la Wendy particular de Flinn. Sus historias iluminaban entera a la niña que yo llevaba dentro, y ese regalo que me hacía devolviéndo-

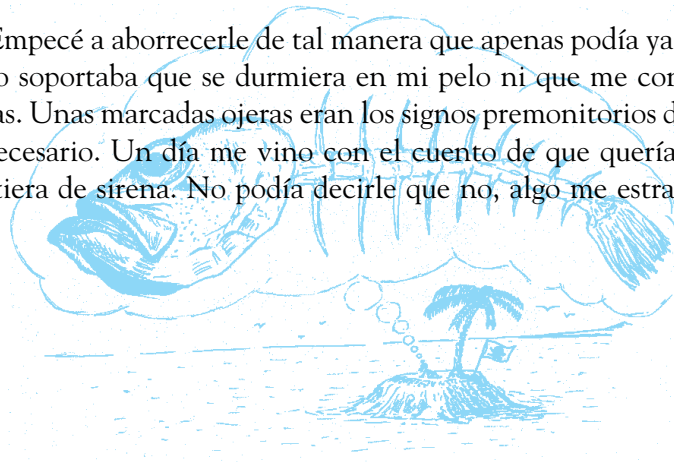
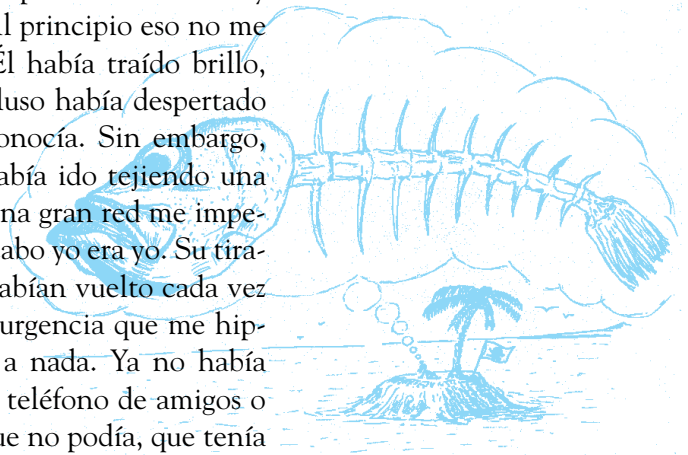


me a mi infancia es algo que nunca podré pagarle. Pero yo también era una mujer. Y eso Flinn no quería entenderlo de ninguna forma. Y por aquí empezó a romperse la armonía. Él no soportaba que llevara a mis amantes a casa, pero si alguna vez pasaba fuera la noche para no molestarle, me recibía con terribles escenas de celos que lo ponían azul, con argumentos mezcla de padre y de novio herido. Y a mí me dolía verlo así. Pero no podía pasar toda mi vida pendiente de los deseos de aquel diminuto enano. Una vez incluso había atacado a uno de mis amantes con una aguja, saltando hacia él como un fiero espadachín directo a la cara, haciéndole un profundo arañazo en la mejilla. Tuve que inventarme que había sido el gato -que no tengo-, y que el vino le había hecho alucinar viendo piratas.

Había pasado ya un año desde el día que abrí la barriga de aquel besugo. Flinn se había hecho poco a poco con la casa y podría decir que hasta con mi propia vida. Al principio eso no me molestaba. Mi vida era bastante aburrida. Él había traído brillo, historias, pasiones, la nostalgia del mar. Incluso había despertado en mí sensaciones y sentimientos que desconocía. Sin embargo, también me daba cuenta de que el pirata había ido tejiendo una especie de lazos invisibles a mi alrededor, y una gran red me impedía comunicarme con mi mundo. Al fin y al cabo yo era yo. Su tiranía comenzaba a pesarme, sus caprichos se habían vuelto cada vez más extravagantes, su voz tenía un tinte de urgencia que me hipnotizaba y no podía decirle nunca que no a nada. Ya no había amantes en mi vida, a veces una llamada de teléfono de amigos o de mi familia, y yo me escuchaba diciendo que no podía, que tenía mucho trabajo, que me sentía cansada, en fin, era la voz de Flinn la que salía por mi garganta. Incluso alguna vez había llamado al trabajo excusándome con alguna dolencia, porque Flinn deseaba que me quedara con él.

Mi casa se había transformado en su propio barco. La había llenado de caracolas, conchas, brújulas, redes, de todo lo que Flinn me "exigía" para sentirse en alta mar. Había tenido que comprar un acuario gigantesco que me había valido más de lo que podía permitirme, ante el cual él se pasaba las horas muertas acechando sabe Dios qué. Yo ya no tenía vida. Lo que había comenzado como un juego se me iba tornando en pesadilla. Incluso me veía a mí misma andar por mi casa como si fuera una espía o una ladrona, para que Flinn no me viera llamar por teléfono al hombre del gas, o al banco. Todos mis actos en aquella casa eran sospechosos. Se había convertido en mi guardián, en mi amo. Para mí era imposible entender qué mecanismos de poder tenía aquel enano para mantenerme en aquel estado de sumisión y de terror.

Empecé a aborrecerle de tal manera que apenas podía ya dormir. No soportaba que se durmiera en mi pelo ni que me contara historias. Unas marcadas ojeras eran los signos premonitorios de un final necesario. Un día me vino con el cuento de que quería que me vistiera de sirena. No podía decirle que no, algo me estrangulaba



laba la garganta. Como pude hice una cola plateada con el vestido de lentejuelas de la última Nochevieja que tanto adoraba. Me colgué collares en el cuello y me solté el pelo llenándolo de flores. Flinn me ordenó que me metiera en la bañera, y él se subió a su barco. El agua debió de subir de temperatura al sentir una especie de cólera que iba creciendo en mí lentamente. No sé muy bien qué ocurrió. Una ráfaga de viento al abrirse de par en par alguna ventana de la casa, o tal vez sólo el mar abierto en que se había convertido aquella bañera para Flinn. Pero de pronto salió volando por los aires y cayó dentro del water. Mientras se mantenía nadando, oía su voz fuerte y segura ordenándome que le sacara de allí. Salí de la bañera y me asomé a la taza del water. Mi mano se introdujo para sacarle, pero algo se apoderó de mí y cerré los ojos, mientras mi otra mano tiraba de la cadena y Flinn desaparecía para siempre en aquel remolino ruidoso. Sé que no fui yo quien tiró de la cadena. Sé que esa fue la última orden de Flinn antes de buscar su libertad y devolverme la mía.

